

# Noé Jitrik y la narración conjetural



Jimena Néspolo

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Instituto de Literatura Hispanoamericana-ILH, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

Se dirá que hay dos clases de escritores, los que forjan textualidades y aquellos otros que urden proyectos de mundo: si los primeros —los más— deben ser leídos a partir de sus textos, los segundos —los menos— exigen la lectura de sus escritos, desde luego, pero también de las acciones que desencadenan al movilizar energías y consensuar voluntades. Ese universo, difícil de observar sin la ecuánime distancia que ofrece el tiempo, invita a ser analizado en un conjunto amplio de textualidades, gestos o acciones autorales y obliga, incluso, a reformular los modos en que cada época concibe “lo literario”. Esto es: cómo y qué leemos, qué concebimos por literatura y qué no. Por cierto, las y los escritores no tienen por qué saber qué tipo o patrón hegemónico rige su época, incumbencia más bien de su *campo de lectura*<sup>1</sup> —del mismo modo que tampoco tendrían por qué saber qué fragancia exudan sus cuerpos o qué ideología los vertebra—. Lo que sin duda cualquier narrador sabe, toda vez que se ha profesionalizado, es qué persona gramatical utilizar en tal o cual caso, qué tiempo verbal, qué figuras y qué recursos desplegar en pos de la composición de un relato.

A la hora de abordar una obra tan frondosa como la de Noé Jitrik, compuesta por diversos géneros y múltiples intereses, que echa raíces en territorios singulares (México, Colombia, Francia, Argentina) sin descuidar el propio jardín (la casa familiar, el Instituto, la Historia Crítica, la Biblioteca), que se erige sobre un tronco propio de referencias biobibliográficas y despliega su follaje, hay una serie de artificios que decantan, no obstante, como recurrentes. Para el caso, bien podría acudir a ese símil arborescente a fin de observar el modo en que esta obra mimó a determinada fauna, dándole reparo; o también —¿por qué no?—, yendo un poco más lejos en el ejercicio reflexivo que instala el modo condicional, “podría” propiciarse un corte frente al pretendido objeto y tentar un extrañamiento. Suspendamos, entonces, esos “podría ser”, esos “aparentemente”, esos “quizá sería” o “como todo el mundo sabe”, para observarlos como rasgos de estilo caros a este *dictum*. Porque, una vez que se emprende la lectura de cualquier ficción de Noé Jitrik, sucedidas apenas pocas líneas, es posible observar cómo el tiempo en modo potencial aparece y desencadena una panoplia de conjeturas, ya sea para presentar a los personajes, barajar posibilidades frente al desarrollo de la acción o, sencillamente, para establecer un orden posible a

1 Para abundar en la noción de “campo de lectura”, ver Néspolo, J. (2014). *Tracción a sangre. Ensayos sobre lectura y escritura*. Buenos Aires, Katatay.

fin de componer el sentido. En efecto, este es un fraseo largo y moroso que se pierde en innumerables parentéticas eminentemente elusivas; un fraseo que, por lo general, avanza dudando y es capaz de infiltrarse en la discursividad ensayística decantando en un tipo de narración que llamaré, sin eufemismos, “narración conjetural”. Con todo, la hipótesis que me interesa desarrollar en estas páginas es que este tipo de narración no solo es el motor mismo que acompaña la ficción de Jitrik sino que incluso se vuelve el revelado en negativo, especie de cajón de sastre o buzón informal de mensajes, a partir del cual nuestro autor hubo de construir y consensuar, durante al menos sus últimos veinte años, una política de la letra desplegada en dos tableros o escenarios textuales de desarrollo simultáneo, donde se congregaba otra cantidad de voces, que lo interpelan en un juego de roles distintivos de autoridad: por lo pronto, como director general de la monstrosa *Historia crítica de la literatura argentina* (1999-2019) y como columnista de las contratapas del diario *Página/12*.

Recientemente, en virtud de la realización de otro homenaje, analicé<sup>2</sup> cómo Jitrik tensiona la estructura clásica novelesca a partir de la proliferación de textualidades solapadas y envolventes. Personajes intelectuales o periodistas, que desean escribir una novela, que al fin se resuelve en un informe o en un artículo periodístico, en el intento de abordar el núcleo duro de lo real: así “la realidad” o lo acontecido (“los vuelos de la muerte” en *La vuelta incompleta*, o “el exilio político” en *Limbo*, o simplemente un crimen sucedido en Mar del Plata, en *Mares del sur*) se vuelve objeto de asedio de la escritura, a sabiendas de que toda tentativa de comprensión total está condenada al fracaso. En ese diálogo complejo entre las formas y la historia de las formas, que postula con gran conciencia crítica a las vanguardias históricas como faro, el proyecto de Jitrik define el carácter político, social y situado de “lo literario”. Con todo, en esta oportunidad me interesa explorar, a partir de la novela *Evaluador* (2002), cómo estos recursos formales generan procesos significantes a través de un andamiaje crítico-ficcional de doble engarce.

Publicada en 2002 en Fondo de Cultura Económica, una editorial que cuenta con un importante aparato de prensa y difusión en toda Latinoamérica, *Evaluador* apenas obtuvo —curiosamente— en su momento de aparición una reseña crítica. La ficción se inicia con un llamado: el profesor Segismundo Gutiérrez recibe una notificación oficial, proveniente de la Secretaría General de la Presidencia, en donde se le informa que ha sido creado por decreto el Centro Nacional Único de Evaluación, con el objeto de centralizar todos los organismos y dependencias del Estado, y que ha sido designado como miembro activo (*per-vitam*) junto a otros expertísimos evaluadores; apenas recibida la notificación, tiene veinticuatro horas para preparar un equipaje elemental y partir hacia el helipuerto presidencial, desde donde lo trasladarán a la nueva sede. El profesor se siente halagado, puede aventar los temores que comúnmente debe ocultar frente a su esposa: el temor a no ser convocable o, mejor, a ser prescindible. Porque si bien Segismundo Gutiérrez está jubilado, “no era de los que procesan con alegría esa recompensa tan ansiada, justificada y a veces merecida por tantos. Ya se sabe que, para ciertos espíritus, la palabra ‘jubilarse’ no conserva nada de su sentido original, no implica alegría jubilosa” (p. 10). El profesor quiere, desde luego, mantenerse activo, útil. Así que acomoda, junto a una muda elemental dispuesta para el viaje, los papeles de su investigación en curso y se encamina al Centro Nacional Único de Evaluación: un castillo kafkiano en medio de la pampa, acondicionado para cobijar a más de un centenar de evaluadores, archivos y legajos de otros tantos centenares de postulantes a becas, subsidios, proyectos, etc.

2 *Homenaje a Noé Jitrik* organizado desde la Red Iberoamericana de Teoría y Estudios Literarios y la Asociación Universitaria Iberoamericana de Posgrado, el 20 de diciembre de 2022, publicado en la revista *Boca de Sapo*, N° 35, abril de 2023.

La novela se abre con un epígrafe de Franz Kafka que habilita el cauce donde hacer confluir las principales líneas estéticas que recorrieron la literatura del siglo XX, que se enseñorea en el absurdo —teorizado por Albert Camus— y en la crítica al poder absolutista: “¿leyeron ustedes 1984?”, preguntó el profesor Goldstein. Los otros, demasiado preocupados por lo que veían no necesitaron responder, sabían adónde iba la pregunta, que no era de mera erudición literaria” (p. 113). Kafka, Camus y Orwell se asoman para definir los ribetes de un relato que crece frente a un poder omnisciente y total, especie de “Gran Hermano” que todo lo ve, todo lo sabe, todo lo controla, mientras su protagonista, impertérrito, apenas logra concentrarse en su investigación. Tampoco los demás evaluadores congregados, ese grupo de elite, verdadera *intelligentzia* del país, pueden comprender las coordenadas que definen su tiempo y lugar, en medio de ese improbable “desierto”: “‘Tal vez ésta sea una utopía fallada’ [insinúa el profesor Gutiérrez, con un último destello de iluminación]. ‘Como la de excluirse de la civilización y recluírse en el desierto, con los indios’, acotó el profesor Gutiérrez; aludía sin duda a su tema de interés, la huida al desierto de Gumersindo Basaldúa” (p. 107). Porque también aparecen Alberdi, Sarmiento, Mansilla y, tras ellos, la posible existencia de un personaje legendario llamado Gumersindo Basaldúa, que suma a los indios en su lucha contra el blanco, en un momento en que el Estado-nación argentino pujaba por consolidarse a partir de la expropiación y el exterminio, que tiene “varios hijos con sendas indias que, sumisas o proféticas, habrían comprendido que la salvación de la tribu residía en el mestizaje” (p. 15), y que escribe un improbable libro que Gutiérrez pretende encontrar. Así, en el despliegue de esta narración conjetural, Jitrik vuelve sobre el binomio sarmientino civilización/barbarie para reescribirlo sobre, al menos, otros dos ejes: realidad/utopía y saber/locura, ejes sobre los cuales la filosofía posmoderna de matriz borgeana discurrió en extenso durante toda la segunda mitad del siglo XX. Es que el relato de la locura de estos evaluadores, fraguado al calor de una estética marcada por una excesiva autoconciencia del artista sobre los saberes y sus representaciones, efectivamente recuerda el texto de Borges “Vindicación de *Bouvard y Pécuchet*” (1954) que reza que la única disciplina, el único arte posible —parece decirnos ese escrito que resume la última novela inconclusa de Flaubert—, es el ejercicio de la copia, puesto que toda tentativa de conocimiento resulta ya una empresa absurda, imposible o absolutamente baladí:

El profesor Gutiérrez estaba asombrado y casi asustado: el presidente parecía un personaje de novela pero en lugar de dirigir su pasión hacia una mujer o una entelequia lo hacía hacia el “gran país” que él construía, como si se identificara con un destino más propio del momento de la fundación que de este presente alocado, en el que la ciencia y los científicos estaban, y el profesor Gutiérrez lo vio con claridad, encerrados como seres anormales, recluidos, fantasmales, controlados de cerca y desde lejos. ¿Personaje de novela? El profesor Gutiérrez se preguntó, por primera vez desde que empezó esta historia del Centro Nacional único de Evaluación, por quién el presidente era el presidente. Como cualquier ciudadano de un país que se precia de ilustrado tenía que saberlo, aunque no lo había votado: el presidente era un militar (...) que había llegado a ese sitio por obra y gracia de un golpe al que el profesor Gutiérrez no le había concedido nunca antes mayor importancia. (p. 136)

Copia o conjetura, *Evaluador* es una sátira sobre la valoración intelectual, sobre el saber y el poder, como bien señaló Carlos Dámaso Martínez (2002) en aquella única reseña que se publicó sobre esta novela. Es también una denuncia frente a las complicidades de cierto sistema científico durante la última dictadura militar en la Argentina.

En menos de doscientas páginas, esta novela de Noé Jitrik, publicada en su madurez, es una gran reflexión sobre los dispositivos a través de los cuales el poder regula, con sendas cuotas de absurdidad y psicopatía, el acceso a los estamentos oficiales de la ciencia y de la cultura. La narración en tercera persona acompañará el ascenso y

descenso del personaje y de sus colegas: mientras en los primeros siete capítulos todos están investidos de una autoridad *ad hoc*, dada por su sapiencia o *expertise*, en los dos capítulos finales esa investidura decaerá junto con la simultánea asunción de un clima alucinado y delirante que habrá de convertirlos a todos, al fin, en meros números. El profesor Gutiérrez será el 425: mero resto o deshecho de persona confinado en un loquero junto a tantos más. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde han quedado las pompas oficiales que fijaban la diferencia entre el afuera y el adentro del “castillo” del saber? Tan luego se revelan como lo que son: meras contingencias del poder, para nombrar o innombrar lo existente, y crear relato.

A solo tres años de lanzada la maratónica *Historia crítica de la literatura argentina*, el mismo director del proyecto publicaba *Evaluador*, una novela articulada sobre una pregunta (¿cuánto de ciencia y cuánto de locura o de absurdidad rige a las investigaciones en curso?) que pone en jaque toda pretensión de verdad científica. ¿Qué denuncia, llamado de atención o cifrado de mensajes crítico-ficcionales debe leerse en ese gesto? Porque frente a esta narración conjetural que avanza dudando, que se ensancha en la descripción de un poder que supone siempre ajeno, expertos y locos terminarán siendo fatalmente igualados: “Los locos de mierda desviaron su camino y huyeron hacia el lado contrario, (...) ante la mirada perpleja y aun aterrada de los que estaban del otro lado del parque que brillaba a la luz del sol, como para hacerlos volver al lugar del que nunca debían haber salido” (p. 179), leemos en la línea final.

## Bibliografía

---

- » Dámaso Martínez, C. (2002). *Evaluador*, una sátira sobre la valoración intelectual y el poder. *Espacios de crítica y producción*, Nº 30. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- » Jitrik, N. (1997). *Mares del sur*. Buenos Aires, Tusquets.
- » Jitrik, N. (2002). *Evaluador*. México, Fondo de Cultura Económica.
- » Jitrik, N. (2017 [1989]). *Limbo*, México, Ediciones Era.
- » Jitrik, N. (2021). *La vuelta incompleta*, Buenos Aires, Interzona.

